

—Ahora estás muy colorado — dijo Deseada uniéndose a él al otro lado de la barrera.—¿No estás contento por haberlo visto todo? ¿Les oyes gritar?

Los animales, al verla alejarse, se empujaban contra los enrejados, lanzando gritos dolorosos. El marranillo, sobre todo, dejaba oír un prolongado gemido de sierra que están afilando. Pero ella les hacía sus saludos y les mandaba besos en la punta de los dedos y riéndose al verles todos allí, en montón como enamorados de su persona. Luego acercándose más a su hermano, le acompañó al jardín.

—Yo querría una vaca—le dijo al oído poniéndose como una amapola.

El la miró y se negó con un ademán.

—No, no, ahora no—repuso Deseada vivamente.

—Más adelante te volveré a hablar. Habría sitio en la cuadra. Una hermosa vaca blanca, con manchas rojas. Ya verías qué buena leche tendríamos. Una cabra acaba por ser una cosa sobrado pequeña... ¡Y cuando la vaca tuviese un ternerillo!

Y brincaba y palmoteaba, en tanto que el cura parecía que encontraba en ella el corral que se había llevado en sus faldas. Y por eso la dejó en el fondo del jardín, sentada en el suelo, en pleno sol, ante una colmena, cuyas abejas zumbaban, como granos de oro, a lo largo de su cuello, de sus desnudos brazos y de sus cabellos, sin clavarle su aguijón.

XII

El Hermano Archangias comía en la rectoría todos los jueves. Llegaba desde muy temprano, por regla general, para hablar de la parroquia. Era él quien, de tres meses a aquella parte, tenía al cura al corriente y le informaba de cuanto acaecía en el valle. Aquel jueves, en espera de que la Teuse les llamara, fueron a pasearse poquito a poco por delante de la iglesia. El sacerdote, cuando hubo contado su entrevista con Bambousse, se vió sorprendidísimo al oír al Hermano que encontraba natural la contestación del campesino.

—La razón le sobra a ese hombre—decía el ignorantón.—No se da la hacienda de uno así como así. La tal Rosalía no vale gran cosa; mas siempre es cosa dura el entregar su hija a un descamisado.

—No obstante—repuso el padre Mouret,—el matrimonio es lo único que puede hacer cesar el escándalo.

El Hermano encogió sus robustos hombros y soltó una risa inquietante.

—¡Si creará usted que va a curar al país con este matrimonio!... Antes de dos años, Catalina estará en cinta; luego vendrán las demás y todas pasarán por lo mismo. Desde el punto y hora que se las casa, se mofan del mundo entero. Estos Artaud brotan en la bastardía como en su estercolero

natural. Un sólo remedio habría, como ya se lo he dicho a usted, que sería retorcer el pescuezo a las hembras, si se quisiera que el país no se viese envenenado... ¡Nada de marido, garrotazos, señor cura, garrotazos!

Tranquilizóse un tanto y agregó:

—Dejemos que cada uno disponga de lo suyo como mejor le parezca.

Y habló de reglamentar las horas del catecismo. Pero el padre Mouret contestaba distraído. Contemplaba el pueblo a sus pies bajo el sol poniente. Los labriegos regresaban, sin decir palabra, andando lentamente con el paso de los bueyes fatigados que vuelven al establo. Delante de las casuchas, las mujeres en pie llamaban a los suyos y hablaban acaloradamente de puerta en puerta, mientras que las bandadas de muchachos llenaban el camino con el alboroto de sus gruesos zapatos, empujándose, rodando y revolcándose. Un olor de humanidad ascendía de aquellas casas que parecían bambolearse. Y el sacerdote se figuraba hallarse aun en el corral de Deseada, en frente de un hormiguero de animales sin tregua multiplicados. Parecíale sentir allí el mismo calor de multiplicación, los mismos alumbramientos continuos, cuya sensación le había producido malestar. Sin apartarse de su memoria desde por la mañana aquella historia de la preñez de Rosalía, concluyó por pensar en aquello, en las suiedades de la existencia, en los impulsos de la carne, en la fatal reproducción de la especie, sembrando los hombres como granos de trigo. Los Artaud constituían un rebaño apriscado entre las cuatro colinas del horizonte, engendrando, esparciéndose más y más en la tierra a cada alumbramiento de las hembras.

—Mire usted—gritó el Hermano Archangias, interrumpiéndose para señalar una mocetona que se dejaba besar por su enamorado, detrás de un matorral,—allí tenemos una vagabunda.

Y agitó sus largos brazos negros hasta que puso

a la pareja en fuga. A lo lejos, sobre las rojas tierras, sobre las peladas rocas, el sol desaparecía tras de una última ráfaga como de incendio. Poco a poco la noche se vino encima. La cálida fragancia de la alhucema se iba haciendo más fresca, llevada por los ligeros soplos que se elevaban. Sintióse, a ratos, como un prolongado suspiro, como si aquella terrible tierra, toda incendiada de pasiones, se hubiese calmado por fin, bajo la lluvia gris del crepúsculo. El padre Mouret, con su sombrero en la mano, regocijado con aquella frescura, sentía la paz de la sombra descender sobre él.

—¡Señor cura! ¡Hermano Archangias!—llamó la Teuse.—¡Pronto! la sopa está en la mesa.

Era una sopa de coles, cuyo fuerte vapor llenaba el comedor del presbiterio. El Hermano se sentó, vaciando lentamente el gran plato que la Teuse acababa de exponer ante él. Comía vorazmente y con una especie de cloqueo del gástrico que permitía oír al alimento zambullirse en el estómago. Con los ojos fijos en la cuchara, no se le escapaba una sílaba.

—¡Qué! ¿No está buena mi sopa, señor cura?—preguntó la anciana sirvienta.—No hace usted más que andarse con repulgos con el plato.

—No tengo mucho apetito, mi buena Teuse—contestó el sacerdote sonriendo.

—¡Pardiez! no hay que extrañarlo. Hambre tendría usted si no hubiese almorzado a las dos dadas.

El Hermano Archangias, después de haberse echado en la cuchara las pocas gotas de caldo que quedaban en el fondo del plato, dijo pausadamente:

—Es preciso poner orden en las comidas, señor cura.

Entretanto Deseada, que se había comido también la sopa, con toda seriedad, sin desplegar los labios, acababa de levantarse para seguir a la Teuse a la cocina. El Hermano, que se había quedado solo con el padre Mouret, se cortaba grandes rebanadas

de pan, que metía entre pecho y espalda, mientras esperaba el otro plato.

—¿Es decir que ha dado usted un gran paseo?—preguntó.

El sacerdote no tuvo tiempo de contestar. Un ruido de pasos, de exclamaciones y de sonoras risas, se dejó oír en el extremo del corredor, del lado del patio. Oyóse como un corto altercado. Una voz aflautada que turbó al sacerdote, parecía incomodarse, hablaba deprisa y corriendo y se perdía en medio de una chorretada de alegría.

—¿Qué es lo que pasa?—dijo levantándose del asiento.

Deseada entró de un salto, llevando algo oculto bajo su falda recogida, y repetía vivamente:

—¡Qué rara es! No ha querido venir. Teníala cogida por la ropa; pero es fuerte como un demonio y se me ha escapado.

—¿De quién habla?—preguntó la Teuse, que acorría de la cocina con un plato de patatas, sobre las cuales se veía un trozo de tocino.

La joven se había sentado. Con infinitas precauciones sacó de debajo de la falta un nido de mirlos, en el cual dormían tres pequeñuelos. Púsolo sobre un plato. En cuanto los animalitos percibieron la luz, alargaron sus delgados cuellos, abriendo los rojos picos como en demanda de alimento. Deseada batió las palmas, llena de alegría, en presencia de aquellos pajarillos, que no conocía.

—¡Se trata de la muchacha del Paradou!—exclamó el cura acordándose de repente.

La Teuse se había acercado a la ventana.

—Es verdad—dijo.—Debía de haberla conocido por su voz de cigarra... ¡Ah! ¡La muy gitana! Miren ustedes, se ha quedado allá abajo para espiar-nos.

El padre Mouret se adelantó. Creyó ver, en efecto, tras de un enebro, la saya color de naranja de Albina. Pero el Hermano Archangias se empujó violentamente detrás de él; alargó el puño, mo-

viendo su ruda cabeza a un lado y a otro y vociferando:

—¡Llévete el diablo, hija de bandido! ¡Ya te arrastraré por los cabellos alrededor de la iglesia, si llego a atraparte viniendo aquí a echar tus maleficios.

Una carejada fresca como un hálito de la noche, subió del sendero. Después se oyó una ténue carrera, un murmurio de faldas deslizándose sobre la hierba, semejante a un roce de culebra. El padre Mouret, en pie delante de la ventana, seguía a lo lejos una mancha rubia deslizándose entre los pinares, como un reflejo de luna. Los efluvios que le llegaban de la campiña, llevaban aquel poderoso perfume de verdura, aquel olor de flores silvestres que Albina exhalaba de sus desnudos brazos, de su talle en libertad, de sus desatados cabellos.

—¡Una condenada, una hija de perdición!—gruñó sordamente el Hermano Archangias, volviéndose a la mesa.

Despabiló a dos carrillos un pedazo de tocino, enguyendo patatas enteras a guisa de pan. La Teuse no pudo lograr que Deseada acabase de comer. La hermosa joven permaneció extasiada ante el nido de mirlos, haciendo preguntas, informándose de lo que aquello comía, si ponía huevos, en qué se conocían los machos...

Pero a la vieja sirvienta le acometió algo como una sospecha. Irguióse sobre su pierna sana y miró fijamente al joven sacerdote.

—¿Luego usted conoce a las gentes del Paradou?—le preguntó.

Entonces, sencillamente, dijo la verdad, contando la visita que había hecho al viejo Jeanbernat. La Teuse cambiaba escandalizadas miradas con el Hermano Archangias. Por el pronto no contestó nada. Daba vueltas alrededor de la mesa claudicando furiosamente y dando taconazos capaces de hundir el suelo.

—Bien podía usted haberme hablado de esa gen-

te desde hace tres meses—concluyó por decir el cura.—A lo menos hubiera sabido en que casa me presentaba.

La Teuse se paró en seco, como si se le hubiesen roto las piernas.

—¡No mienta usted, señor cura—tartamudeó,—no mienta usted, pues eso aumentaría su pecado!... ¿Cómo se atreve usted a decir que yo no le he hablado del Filósofo, de ese pagano que es el escándalo de toda la comarca? La verdad es que usted no me escucha nunca cuando hablo. Todo le entra a usted por una oreja y le sale por la otra... ¡Ah! si usted me escuchase, se excusaría usted muchos pesares.

—También le he hablado a usted algo acerca de esas abominaciones—afirmó el Hermano.

El padre Mouret se encogió ligeramente de hombros.

—Pues bien, no he vuelto a acordarme—repuso.—Tan sólo en el Paradou he creído recordar ciertas historias... Por lo demás, sea como fuere, habría volado al lado de aquel infeliz, a quien creía en peligro de muerte.

El Hermano Archangias, con la boca llena, dió un fuerte golpe con el puño del cuchillo sobre la mesa gritando:

—¡Jeanbernat es un perro! ¡Debe reventar como un perro!

Luego, viendo que el cura protestaba con la cabeza, agregó cortándole la palabra:

—No, no, no hay Dios para él, no hay penitencia, no hay misericordia... Preferible sería arrojar la hostia a los cerdos, a llevarla a ese pillastrón.

Y la emprendió de nuevo con las patatas, con los codos apoyados en la mesa, con la barba encima del plato, y mascando por modo furibundo. La Teuse, pellizcándose los labios, y pálida de cólera, se contentó con decir secamente:

—Deje usted: el señor cura no quiere hacer sino lo que le pasa por la cabeza; el señor cura tiene ahora secretos para nosotros.

Reinó un profundo silencio. Durante un instante no se oyó más que el ruido de las quijadas del Hermano, acompañado del extraño ronquido de su gaxnate. Deseada, rodeando con sus desnudos brazos el nido de mirlos que se le había quedado sobre el plato, con el rostro inclinado y sonriendo a los pequeñuelos, les hablaba sin cesar, con gorjeo peculiar suyo, que parecían comprender.

—¡Cuándo no hay gato alguno encerrado, se dice lo que se hace!—gritó la Teuse.

Y volvió a reinar el silencio. Lo que sacaba de sus casillas a la vieja criada era el misterio que parecía haberle hecho de su visita al Paradou. Teníase por mujer indignamente engañada. Su herida manaba sangre. Y se puso a andar en torno de la mesa, sin mirar al cura y sin dirigirse a nadie, aliviándose por sí misma.

—¡Pardiez! he aquí por qué se come tan tarde... Se va uno sin decir oste ni moste a pindonguear, hasta las dos de la tarde; se mete uno en casas de tan mala reputación, que ni siquiera puede contarse después lo que se ha hecho. Entonces se miente, se traiciona a todo el mundo.

—Pero—interrumpió con dulzura el padre Mouret, quien se esforzaba en comer para no enfadar más a la Teuse,—como nadie me ha preguntado si había ido al Paradou, nada he tenido que contestar.

La Teuse prosiguió como si nada hubiese oído:

—Arrastra uno la sotana en el polvo y se vuelve a casa uno como un mal hombre. Y si una buena persona, tomando interés por usted, le hace preguntas por su bien, se la quita usted de encima y se la trata como a una mujer cualquiera que no merece su confianza. Se oculta uno como un camandulero, se preferiría reventar antes que soltar una palabra y ni se tiene siquiera la atención de alegrar su hogar diciendo lo que se ha visto.

Volvióse hacia el sacerdote y le miró a la cara.

—Sí, para usted va todo esto... ¡Usted es un mántalas callando, una mala persona!

Púsose a llorar y fué preciso que el cura la consolara.

—El señor Caffin me lo decía todo—continuaba gritando.

Pero se iba sosegando. El Hermano Archangias daba fin a un gentil pedazo de queso, sin parecer en lo más mínimo alterado por aquella escena. A su modo de ver, el padre Mouret tenía necesidad de que se le obligara a andar derecho; la Teuse obraba perfectamente haciéndole sentir la brida. Y trasegó un último vaso de aguapié, después de lo cual se arrellanó en la silla para la perfecta digestión.

—Y por último—preguntó la vieja criada,—¿qué es lo que ha visto usted en el Paradou? Cuéntenoslo al menos.

El padre Mouret, sonriente, refirió en breves palabras de qué manera Jeanbernat le había recibido. La Teuse, que le anonadaba a fuerza de preguntas, lanzaba exclamaciones de indignación. El Hermano Archangias apretaba los puños y los blandía amenazadores.

—¡Así el cielo te aplaste!—exclamó.—¡Que les haga cenizas a él y a su hechicera!

Entonces, el cura, a su vez, trató de obtener nuevos detalles sobre la gente del Paradou. Escuchaba con profunda atención al Hermano, que contaba hechos monstruosos.

—Sí, esa diablesa fué una mañana a sentarse en los bancos de la escuela; hace de esto mucho tiempo, podía contar diez años. Yo la dejaba obrar a su talento; estaba en que su tío la enviaba para su primera comunión. En el espacio de dos meses revolucionó la clase. Llegó a hacerse adorar la muy tunanta. Sabía juegos, inventaba falbalaes con hojas de árbol y pedazos de trapo. Y como inteligente, ¡vaya si lo era, como todas esas muchachas del infierno! Era la que sabía mejor el catecismo... Pero, he aquí que una mañana el viejo cae como una bomba en medio de la clase. Púsose a decir que iba a hacerlo todo añicos y gritaba que los curas le ha-

bían robado la niña. Tuvo que acudir el guarda-bosque para ponerlo en lo del rey. La pequenuela se había escapado, y yo la veía, desde la ventana, en un bancal de enfrente... Ella iba a la escuela por su propio impulso, desde hacía dos meses, sin que él lo sospechara. Historia es ésta capaz de mover las montañas.

—Nunca ha hecho la primera comunión—dijo la Teuse a media voz, con un ligero escalofrío.

—No, nunca—repuso el Hermano Archangias.—Debe frisar ya en los dieciséis, y crece como un animal; la he visto correr a cuatro patas, entre unos matorros, del lado de la Palud.

—A cuatro patas—murmuró la sirvienta, que se volvió hacia la ventana, llena de inquietud.

El padre Mouret quiso emitir una duda; pero el Hermano Archangias se puso hecho un veneno.

—Sí, ¡a cuatro patas! Y saltaba como un gato montés con las enaguas arremangadas y enseñando hasta los muslos. Si llevo a tener una escopeta, la echo patas arriba. Se matan animales que son más gratos a Dios... Y por otra parte, se sabe muy bien que todas las noches se acerca a maullar alrededor de los Artaud. Son sus maullidos como los de la gata encelada. Si alguna vez un hombre cayese en sus garras, con seguridad que no le quedaría ni un jirón de pellejo sobre los huesos.

Todo su odio hacia la mujer apareció. De un puñetazo conmovió la mesa y espumarajeó por aquella boca sus injurias de costumbre.

—Tienen el diablo en el cuerpo; huelen a espíritu maligno; le apestan en los brazos, en las piernas, en el vientre, en todas partes. Y esto es lo que embruja a los imbéciles.

El cura aprobó con la cabeza. La violencia del Hermano Archangias, la charlatana tiranía de la Teuse, eran como disciplinazos que a menudo le cruzaban los hombros. Sentía como un piadoso goce al hundirse en la bajeza, en aquellas manos hinchadas de groserías populacheras. La paz del cielo

parecía que se hallaba al fin de aquel desprecio del mundo, de aquel envilecimiento de todo su sér. Era como una injuria que se regocijaba hacer a su cuerpo, un arroyo en que se complacía bañar su tierna naturaleza.

—No hay más que inmundicia—masculló doblando su servilleta.

La Teuse iba quitando la mesa. Quiso retirar el plato en el cual Deseada había puesto el nido de mirlos.

—Creo que no va usted a acostarse ahí, señorita—dijo.—Deje usted esos bichos tan feos.

Pero Deseada defendió el plato. Cubrió el nido con sus desnudos brazos, sin reirse ya, e irritándose al verse molestada.

—Estoy en que no se va usted a quedar con esos pájaros—exclamó el Hermano Archangias.—Traerían la desgracia... Hay que retorcerles el pescuezo.

Y alargaba ya sus manazas. La joven se levantó y retrocedió, temblorosa, apretando el nido contra el pecho. Miró al Hermano cara a cara, con los labios apretados y con el aspecto de la loba dispuesta a morder.

—No toque usted a los pequeñuelos—tartamudeó.—¡Cuán feo es usted!

Recalcó estas palabras con tan soberano desprecio, que el padre Mouret se estremeció, como si la fealdad del Hermano le hubiese llamado la atención por primera vez. Este se satisfizo con gruñir. Alimentaba una sorda enemiga contra Deseada, cuya exuberancia animal le ofendía. Cuando la joven salió, yendo hacia atrás, sin quitarle la vista de encima, él se encogió de hombros, mascullando entre dientes una obscenidad que nadie entendió.

—Mejor es que se vaya a acostar—dijo la Teuse.—Llegaría ahora mismo a molestarnos en la iglesia.

—¿Acaso han venido ya?—preguntó el padre Mouret.

—Rato há que las muchachas están allá fuera,

con brazadas de follaje. Voy a encender las lámparas. Se podrá dar principio cuando usted quiera.

Unos segundos después oyósele renegar en la sacristía, porque las cerillas estaban mojadas. El Hermano Archangias, que se había quedado solo con el cura, preguntó con bronco acento:

—¿Es para el mes de María?

—Sí—contestó el padre Mouret.—Estos últimos días, las muchachas del país, por estar tan atareadas, no han podido venir, como era uso y costumbre, a adornar la capilla de la Virgen. La ceremonia se ha trasladado a esta noche.

—¡Bonita costumbre!—refunfuñó el Hermano.—Cuando las veo, una tras otra, venir a depositar sus ramos, ganas me dan de arrojarlos al suelo, para que cuando menos, confiesen sus indecencias, antes de tocar el altar... Es una vergüenza aguantar que las mujeres paseen sus vestidos tan a la vera de las sagradas reliquias.

El sacerdote se excusó con la mirada. No hacía sino muy poco tiempo que se hallaba en los Artaud, y tenía que sujetarse a las costumbres.

—Cuando usted guste, señor cura—gritó la Teuse.

Pero el Hermano Archangias le detuvo todavía un instante.

—Yo me voy—repuso.—La religión no es ninguna niña para que se la ponga entre flores y encajes.

Y se dirigió lentamente hacia la puerta. Detúvose de nuevo, y alzando uno de sus velludos dedos, agregó:

—Desconfíe usted de su devoción a la Virgen.

XIII

En la iglesia, el padre Mouret encontró unas diez jóvenes, que llevaban ramos de olivo, de laurel y de romero. Las flores de jardín apenas se daban en las peñas de los Artaud, y la costumbre había establecido que se adornara el altar de la Virgen con verdura resistente que durara todo el mes de Mayo. La Teuse agregaba alelías de pared, cuyos cabos se remojabán en viejas jarras.

—¿Quiere usted dejarme obrar a mí, señor cura? —preguntó.—Usted no tiene costumbre... Mire usted, colóquese allí, delante del altar. Ya me dirá usted si el adorno es de su agrado.

El padre consintió, y ella fué la que, en realidad, dirigió la ceremonia. Habíase subido sobre un escabel y trataba a la baqueta a las muchachas que se acercaban, una tras otra, con sus follajes.

—No tan de prisa, no tan de prisa. Creo que me dejaréis tiempo para atar las ramas. No hay para que todos esos atados caigan sobre la cabeza del señor cura. Ahora, Babet, te toca a ti. ¡Es muy hermoso tu romero! Amarillo como un cardo. Todas las borricas del país se han orinado encima. Ahora tú, la Rousse. ¡Ah! este, a lo menos, es un hermoso laurel. Lo has cogido en tu campo de la Cruz Verde.

Las grandes mozas ponían sus ramos sobre el altar, que besaban. Quedábanse por un instante arriadas al paño, pasando los ramos a la Teuse, olvidándose de la actitud socarronamente recogida que habían tomado para subir los escalones; acababan por reirse, tropezaban con las rodillas, encogían las caderas al borde del altar y hundían de lleno el seno en el tabernáculo. Y por encima de ellas, la gran Virgen de yeso dorado, inclinaba su pintado rostro, sonreía con sus rosados labios al niño Jesús, desnudito, que sostenía en su brazo izquierdo.

—Muy bien, Lisa—gritó la Teuse,—sientate sobre el altar, ya que ahí te encuentras. ¿Quieres bajarte las enaguas? ¿Se enseñan las piernas de esa manera?... Que a cualquiera de vosotras se le ocurra dejarse caer y le tiro las ramas a la cara... ¿No me las podéis pasar con tranquilidad?

Y volviéndose al sacerdote, le preguntó:

—¿Resulta a gusto de usted, señor cura? Le parece que está bien?

Detrás de la Virgen ponía un bosque de verdura, con puntas de follaje, que sobresalían, formando bóveda e inclinándose a modo de palmas. El sacerdote daba su aprobación con sólo una palabra y aventuraba una observación.

—Tengo para mí—decía bajito,—que convendría poner un ramo de hojas más tiernas en todo lo alto.

—¡Es indudable!—gruñó la Teuse.—Si no me traen más que laurel y romero... ¿Quién de vosotras tiene ramas de olivo? Ni una siquiera. ¡Bah! Temen perder cuatro aceitunas, esas herejes!

Pero Catalina subió los escalones con una enorme rama de olivo, bajo la cual desaparecía.

—¡Ah, tú tienes, grandísima pícara!—repuso la vieja criada.

—¡Pardiez!—dijo una voz—lo ha robado. He

visto a Vicente desgajar la rama, mientras que ella estaba en acecho.

Catalina, hecha una furia, juró que no era verdad. Habíase vuelto, sin dejar la rama, sobresaliendo su moreno rostro del matorral que llevaba; mentía con un descaro extraordinario, inventando una larga historia para probar que la rama de olivo era suya y muy suya.

—Y, además—concluyó diciendo;—todo los árboles pertenecen a la Santísima Virgen.

El padre Mouret quiso intervenir. Pero la Teuse salió con que se mofaban de ella dejándola por tanto tiempo con los brazos levantados. Y ató sólidamente la rama de olivo mientras que Catalina, encaramada en el escabel remedaba a su espalda la penosa manera con que la Teuse movía su enorme cintura, con ayuda de su pierna útil; lo que hizo sonreír hasta al mismo sacerdote.

—Vaya—dijo la Teuse al bajar y ponerse al lado de éste, para dar un vistazo a su obra—la parte de arriba queda terminada... Ahora vamos a poner puñados de matas sobre los candeleros, a no ser que usted prefiera una guirnalda que se extienda por las graderías.

El cura se decidió por los puñados de matas.

—Entonces acercaos—repuso la sirvienta, subida de nuevo al escabel.—No hay que dormirse... ¿Quieres besar el altar, Mietta? ¿Te figuras acaso que estás en tu cuadra? Señor cura, ¿ve usted lo que están haciendo, allá abajo? Les estoy oyendo reír como unas descosidas.

Se elevó una de las lámparas, con lo que se iluminó la parte oscura de la iglesia. Bajo el púlpito, tres muchachas grandullonas jugaban a empujarse; una de ellas había caído dando con la cabeza en la pila del agua bendita, lo que hacía reír tanto a las otras, que se dejaban caer al suelo para reír a sus anchas. Volviéronse, mirando al cura con disimulo, satisfechas con que se les riñera, con sus manos colgantes, que les golpeaban los muslos.

Pero lo que sobre todo atufó a la Teuse fué al ver de súbito a Rosalía subir al altar como las otras, con su haz de matas.

—¿Quieres bajar de ahí?—le gritó.—¡No es serenidad la que te falta, hija mía! Vaya, más de prisa. Tráeme tu atado.

—¿Para qué?—dijo con atrevimiento Rosalía.—No se me acusará tal vez de haberlo robado.

Las muchachonas se acercaban, echándola de estúpidas y cruzando entre ellas brillantes miradas.

—¡Vete de aquí!—repitió la Teuse.—Tu sitio no está aquí, ¿lo oyes?

Luego, perdiendo su escasa paciencia, dejó brutalmente escapar una palabrota, que produjo una risa de satisfacción entre las campesinas.

—¿Y qué más?—dijo Rosalía.—Por ventura ¿sabe usted lo que hacen las demás? Usted no ha ido a verlo, ¿verdad que no?

Y creyó que debía prorrumpir en sollozos. Arrojó las ramas y se dejó llevar algunos pasos de allí por el padre Mouret, quien le habló con la mayor severidad. Había intentado hacer callar a la Teuse, empezaba a sentirse molesto en medio de aquellas jóvenes desvergonzadas, que llenaban la iglesia con sus brazadas de verdura. Empujábanse hasta la gradería del altar, rodeándole con un bosque viviente, llevándole el rudo perfume del odorífero monte, como aliento exhalado de sus miembros de vigorosas trabajadoras.

—¡Vivo, vivo!—dijo golpeando ligeramente con las manos.

—¡Pardiez! Preferiría estar acostada—murmuró la Teuse,—si cree usted que es muy agradable el ir atando todos los cabos...

Entretanto había concluído por atar entre los candeleros unos altos penachos de follaje. Dobló el escabel, que Catalina fué a llevar detrás del altar mayor. Y no tuvo que hacer sino fijar unos ramos a ambos lados del altar. Los últimos atados de verdura bastaron para aquel trozo de jardín; y

hasta quedaron ramas, con que las muchachas sembraron el suelo hasta a la balaustrada de madera. El altar de la Virgen era un bosquecillo, una bóveda de verdura, con su verde césped en la parte delantera.

La Teuse entonces consintió en dejar el puesto al padre Mouret. Este subió al altar y volvió a dar ligeros golpes con las manos.

—Señoritas—dijo,—mañana continuaremos los ejercicios del mes de María. Las que no puedan venir, deberán, cuando menos, rezar el rosario en sus casas.

Arrodillóse, mientras que las campesinas, con gran rumor de las sayas, se echaban al suelo, sentándose sobre los talones. Siguieron el rezo del sacerdote con un barbotar confuso en que apuntaban risitas. Una de ellas, al sentirse pellizcada por detrás, dejó escapar un grito, que trató de ahogar en un acceso de tos; lo que alegró en tal medida a las otras, que permanecieron un instante descoyuntándose, después de haber dicho *Amén*, con la nariz sobre las losas, sin poderse levantar.

La Teuse despidió a aquellas descaradas, en tanto que el cura, que se había persignado, permanecía absorto ante el altar, como si ya no oyese lo que pasaba detrás de él.

—Vamos a tomar el portante ahora mismo—murmuraba.—Sois un montón de inútiles para todo, que ni tan siquiera sabéis respetar el Dios de misericordia... Es una vergüenza, lo que nunca se ha visto, jovencitas revolcándose por los suelos en una iglesia, como las bestias en un prado... Tú, la Rousse, ¿qué es lo que haces ahí abajo? Si te veo pellizcar a alguna, tendrás que habértelas conmigo. Sí, sí, tiradme de la lengua y se lo diré todo al señor cura. ¡Afuera! ¡afuera! ¡Grandísimas bellacas!

Y las empujaba poco a poco hacia la puerta, galopando a su alrededor y cojeando por modo furibundo. Había logrado hacerlas salir hasta la úl-

tima cuando divisó a Catalina tranquilamente instalada en el confesionario con Vicente; estábanse comiendo alguna cosa con verdadero arrobamiento. Arrojólos de allí, y como sacase el cuello fuera de la iglesia, antes de cerrar la puerta, vió a Rosalía echarse al cuello del gran Fortunato, que la estaba esperando; ambos se perdieron en la obscuridad, por la parte del cementerio, con un débil rumor de besos.

—¡Y eso se presenta en el altar de la Virgen!—balbuceó echando el cerrojo.—Las demás no son mucho mejores, bien que se me alcanza. Todas son unas llevadas y traídas, que han venido esta tarde, con sus atados de ramas, cosa de hacerse besar por los suyos a la salida! Mañana, ni una sola querrá molestarse; el señor cura tendrá que decir solito sus *Ave*. No acudirán más que las muy picañas que tengan citas.

Movía de acá para allá las sillas, colocándolas en su lugar, mirando si no arrastraba con ellas algo de sospechoso, antes de subir a meterse entre sábanas. En el confesionario recogió un puñado de mondaduras de manzana, que arrojó detrás del altar mayor. Encontró asimismo un pedazo de cinta, arrancado de alguna cofia, con un mechón de cabellos negros, con todo lo cual hizo un paquetito, para abrir una información. Fuera de esto, le pareció que la iglesia quedaba en buen orden. La mariposa tenía aceite para toda la noche, las losas del coro podían pasar hasta el sábado sin necesidad de que se las lavara.

—Son cerca de las diez, señor cura—dijo acercándose al sacerdote, que continuaba arrodillado.—Haría usted bien en subir.

No contestó, limitándose a inclinar suavemente la cabeza.

—Bueno, ya sé lo que eso quiere decir—continuó la Teuse.—Dentro de una hora se encontrará todavía ahí, sobre la desnuda piedra, para producirse cólicos... Me voy, porque le aburro. Sea como sea,

no tiene un adarme de sentido común; almorzar cuando los demás comen, acostarse a la hora en que las gallinas se levantan... ¿Le incomoda a usted? Buenas noches; no es usted muy razonable, que digamos.

Y tomó la resolución de irse; pero volvió para apagar una de las dos lámparas, murmurando que el rezar hasta tan tarde "era la muerte del aceite". Por último, se fué después de haber limpiado con la manga el paño del altar mayor, que le pareció ceniciento de polvo. El padre Mouret, con los ojos mirando al cielo y con los brazos cruzados contra el pecho, se hallaba solo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Iluminada con una sola lámpara, que ardía en el altar de la Virgen, en mitad de los ramajes, la iglesia, de extremo a extremo, se llenaba de inmensas sombras flotantes. El púlpito difundía una franja de tinieblas hasta las vigas del techo. El confesionario resultaba una masa negra, recortando bajo la tribuna la extravagante silueta de una garita destrozada. Toda la claridad, suavizada, enardecida por el follaje, adormeciase sobre la dorada Virgen que parecía descender en actitud soberana, llevada por la nube, en que retozaban cabecitas de ángeles alados. Al ver la redonda lámpara brillar en medio de las ramas, habríasela tenido por una pálida luna alzándose en los linderos de un bosque, iluminando alguna majestuosa aparición, una princesa del cielo, coronada de oro, vestida de oro, paseando la desnudez de su divino hijo en el fondo de las avenidas. Entre la hojarasca, a lo largo de los altos penachos, en la amplia bóveda ojival y hasta en el ramaje esparcido por el suelo, deslizábanse resplandores de astros, adormecidos, semejantes a esa lluvia lechosa que penetra en los matorrales en noches claras. Rumores indecisos, extraños crujidos, llegaban de los dos sombríos extremos de la iglesia; el gran reloj, a la izquierda del coro, movíase lentamente con recio aliento de mecánica adormecida, Y la radiante visión, la Madre de las ténues guedejas de cabello castaño, como tranquilizada por la